JORGE TEILLIER
(1935-1996)

POR

LUIS CORREA-DÍAZ
The Catholic University of America

*Poesía carbón de luna
Hemos apostado en tu nombre
En el derby de la esperanza
Contra los caballos de la muerte*
JT

Para mí—y yo ¿quién soy para decirlo?, se preguntarán y están en su pleno derecho—el solitario Jorge Teillier volvió al *país de nunca jamás*, del cual parece nunca haber salido, como no sale del mar el pez ni del cielo el pájaro, aunque los dos tengan alas y hayan volado lejos de sus aguas; como quien no sale de sus lares aun habiéndose ido para siempre de ellos; como no sale, en fin, de la tierra el que con su muerte del brazo, rosa entre las rosas, vuelve a ella como a su casa de niño. “Nadie ha muerto pero todos han muerto”, verso que contiene los dos secretos de la vida y que, ahora, vale tanto para el que lo haya escrito como para los que lo leemos en la perspectiva de un duelo, nuestro duelo.

He aquí entonces la vieja noticia—vieja porque la recibí con un poquito de retraso y porque los poetas viven muriendo, así que cuál es la novedad—de la muerte de Jorge Teillier, uno de los bardos más pródigos de la patria chilena y de las letras latinoamericanas, bienamado por la multitud de algunos, no pocos a decir verdad. Jorge Teillier Sandoval nació en Lautaro, el 24 de junio de 1935 —“día de la muerte de Carlos Gardel”, como puntualizó él mismo en una página autobiográfica— y murió en Santiago, el 29 de abril de 1996 día “triste, solitario y final” para uno de los mejores, “en mi modesta opinión”, mimo y me sumo al cortejo con mis respetos y mi congoja.

Poeta como él sólo y a Dios gracias. Entre los principales poemarios que escribió destacan: *Para ángeles y gorriones* (1956), *El árbol de la memoria* (1961), *Crónica del Forastero* (1968), *Para un pueblo fantasma* (1978), *Cartas para reinas de otras primaveras* (1985). En inglés las traducciones de Mary Crow, reunidas en un volumen titulado *From the Country of Nevermore* (1990); y las de Carolyn Wright en *In Order to Talk with the Dead. Selected Poems of Jorge Teillier* (1993). Antologías de sus poemas hay algunas, pero *Los dominios perdidos* (1993)—hecha por Erwin Díaz—es y será, hasta que no se editen sus poesías completas, la más (re)conocida, por lo comprehensiva y porque fue publicada por el Fondo de Cultura Económica de México (Tierra Firme, Poetas Chilenos). Le habían precedido en esta colección del FCE, Gonzalo Rojas y Nicanor Parra, así como le han seguido hasta la fecha Enrique Lihn y Oscar Hahn.

De modo que, en poesía, más allá o más acá de la Sagrada Trinidad chilena —Mistral/Huidobro/Neruda—, están los mencionados arriba y muchos otros, memorables pero cuyas señas no es posible incluir aquí sin salirse del tiesto. En Chile se cree/sabe que los poetas son legión, tal es uno de nuestros dorados mitos y, quizás, lo único rescatable de este siglo que se nos va fatigosamente y casi sin querer queriendo, sin olvidar, por supuesto, una que otra corazonada popular de la historia que Dios dirá si valió el sacrificio. Dentro de este firmamento literario chilensis y con luz propia brilló/brilla/brillará Jorge Teillier, quien se adscribió en 1965 a un sentido de la poesía que solito llamó *lárico*, definido esencialmente como un “tiempo de arraigo”, en contraposición al desarraigo pequeño burgués y al cosmopolitismo promovido por los literatos de la Generación del 50 (aunque la obra poética teillieriana está llena de referencias y nombres de otras latitudes, habiendo en ella más que una pizca de influencia extranjera, que la nutre y la fascina). Arraigo a las tradiciones (incluyendo “la literaria, por pobre que sea”, decía burlona y honestamente), a las veleidades de la (infra)historia, a los personajes populares (un boxeador, por ejemplo), a los ferrocarriles (esos trenes al sur que después serían cantados también por el grupo musical *Los Prisioneros*), a la infancia (“porque es el tiempo más cercano a la muerte”), a los primeros amores (porque de ellos es la culpa de la poesía, según [re]inventa en un poema). Arraigo, por fin y para siempre, a la aldea [desprecio de corte, alabanza mediante], a la tierra natal, que en su caso como en el de muchos otros es y fue el Sur del país, con la región de La Frontera como su epicentro idílico. Teillier convierte esa geografía en su materia prima a nivel verbal —*opera omnia*— y en su *delirium tremens* a nivel sentimental.

Sin embargo, el propio poeta deconstruye esos postulados a poco de haberlos echado a correr, confundiendo a medio mundo hasta hoy y cuestionando su viabilidad como programa de escritura, ya que su proceder no fue programático, y sobre todo porque descubre el secreto de todo: puras palabras, no se puede volver (ni al sur ni a ninguna parte) porque uno ya es otro —la poesía se complace y se extravía en el mito del regreso— y la casa, para colmo de males, está muerta (como se lo dice Enrique Lafourcade en un prólogo). Pese a lo anterior, la nostalgia no muere y así, a sabiendas y dispuesto a pagarlo caro, “Teillier es un poeta reiterativo”, de una rara “melancolía creadora” (lo trató de definir con cierta precisión Jorge Edwards en una contratapa) que desde la ciudad capital y más tarde desde un pueblito nortino, La Ligua, continuó mandando cartas al sur universal, en las que sigue hablando de sí mismo sin ningún falso pudor: “Me siento un *Centinela Melancólico* al acecho de un poema que no me interesa escribir.”

Algunas de las ideas que aquí he venido citando y acomodando para la dolorosa ocasión, provienen de un ensayo que Teillier escribió en octubre de 1968 y que llamó “Sobre el mundo donde verdaderamente habito”, documento de una temprana lucidez y que me parece tan fundamental como olvidado.¹ Cosas éstas y muchísimas otras sobre su poesía pueden conocerse de primera mano y con mayor detalle en sus *Conversaciones* (1993) con Carlos Olivares.

¹ Integra un cuadernillo titulado *Carnet de proezía* (editado por Daniel Osorio, c. 1985), que contiene además una entrevista (ficticia) de Patricio Heim, un testimonio de Gabriel Venegas Vásquez, un cuento (“Las persianas”) y varios poemas, entre los cuales figura el titulado “Despedida” y que termina con estas dos estrofas premonitorias como todas las buenas: “Me despido de la memoria / y me despido de la nostalgia / —la sal y el agua / de mis días sin objeto— // y me despido de estos poemas: / palabras, palabras —un poco de aire / movido por los labios— palabras / para ocultar quizás lo único verdadero: / que respiramos y dejamos de respirar”.

Todo esto, porque no es el momento de análisis o de prescindibles interpretaciones, para un poeta —sin desatender la advertencia de que casi siempre se trata de un personaje, a veces del doble que le habría gustado ser— que tuvo la valentía de confesarle a nadie en particular y no sin cierta ironía: “Cuando yo no era poeta / por broma dije que lo era”. Broma que a la larga le costó nada menos que la vida, aunque no se pueda culpar directamente a la poesía porque siempre encuentra una coartada perfecta.

Entonces, muerto ya el poeta, conjurada por la (in)esperada fatalidad de su presencia siempre inquietante, va siendo hora de palabras grandes que, por una extraña pero infalible economía, se dicen después—cuando es tarde para el amor y muy temprano aún para el olvido. El homenaje, por lo tanto, póstumo como es de estricto rigor y, no sé si por casualidad o no, en una época en que los *post* flamean como banderas de luto y *revival*, al mismo tiempo, de lo que ese ya famoso prefijo presida y determine. Yo, en cambio, para sacarle el cuerpo al deber y porque me puse tristón con la noticia, empiezo mi rito solitario de saltar de título en título—como el gorrión de rama en rama sabe de la alta profundidad del árbol—, tratando de que la memoria con su rayuela improvisada me alivie la pena, hasta que caigo sin más en unos versos de la “Resurrección en la tarde” de *Poemas del país de nunca jamás* (1963), los que al final me devuelven la redonda certeza de su poesía y que aquí los digo como si por un minuto fueran míos para él: “Ángeles de madera te cuidan / desde el corazón de los cerezos del patio / y el barro de la ciudad / lo quitan de tu cara / las manos generosas de la noche”. *Angelus nemorosus*.

Estos versos que aquí cito como un epitafio un tanto improvisado, nos devuelven al pecho dolido una de las variantes de ese poema único para el que acaso nace cada poeta: “Difícilmente uno tiene más de un poema que escribir en su vida”, dijo Teillier seguro de lo que decía.